

El “yo” y el “nosotros” una compleja relación

Juventud, inseguridad y violencia, son los términos que presiden y enmarcan nuestro debate y el desafío es conjugarlos y anudarlos en términos congruentes de construcción de sentido.

Sumergidos en el ruido mediático que exhibe y explota el terror como espectáculo (desde niños sabemos como el temor nos captura, nos espanta, pero también nos atrae) – uno se deja arrastrar fácilmente por el discurso y la lógica de la baja de la imputabilidad. Drogas, rapiñas, menores violentos, delincuentización de la infancia, saturan el imaginario cotidiano. Pensamos que la juventud no es la de antes, sino mucho peor. El termómetro de la inseguridad se calienta. En las casas de barrios elegantes instalamos rejas y alambres y pululan - a costos suculentos – los servicios de seguridad. Pero recordemos que antes estaba la banda del Cacho y el pánico de los infanto-juveniles. La amenaza del monstruo parece ser una constante de nuestro universo perceptivo, de eso que llamamos el imaginario colectivo.

La juventud no es la de antes ¿ha habido acaso una mutación genética?

Más verosímil nos parece la hipótesis de un cambio en nuestro tejido social, de una sociedad más fragmentada, más segmentada en espacios de intercambio que antes eran más porosos y hoy se dan la espalda entre sí. Sin duda la expansión exponencial de los mass-media y el impacto sugestivo e hipnótico que produce el mundo de imágenes, aumenta la sensibilidad de las desigualdades.

El mito securitario se nutre de la ilusión de que sancionando y/o condenando a los culpables, la sociedad quedará purificada y que -extirpada la gangrena - volveremos a la luz y la armonía. Este trabajo sobre los síntomas, sobre las

apariencias visibles y las verdades manifiestas, sólo nos dará más de lo mismo y llevará a un incremento de los males que padecemos en una sociedad con una distancia desmesurada entre los deciles de riqueza y de pobreza.

Sanción y confinamiento del criminal, añadiendo accesorios de rehabilitación y adornándolos con la “humanización de la cárcel para adolescentes y púberes” que son la meta del mito securitario, son la usina del resentimiento, que reconduce el status quo al infinito. Se trata entonces de buscar e intentar nuevas vías de abordaje a este maldito tema de la inseguridad ciudadana.

En sintonía con el propósito de la UdelaR de fomentar el diálogo interdisciplinario convenimos en que la violencia ciudadana, el delito y su corolario de inseguridad, es un problema complejo, multideterminado, que requiere lecturas múltiples y aproximaciones parciales, que dejan extensas zonas inasibles a nuestras herramientas de comprensión. Y que toda pretensión totalizante, suele producir más daños que los males que pretende resolver. Es lógico entonces que esta compilación incluya miradas diversas que exploran la realidad desde sus saberes e ignorancias, con la ilusión (no vana sino legítima) de aportar alguna inteligibilidad al problema que abordan, aún sabiendo a priori que sus aciertos serán relativos y transitorios. Los discursos certeros son panfletos que sirven para engendrar tiranías y racismos.

Tema candente hoy -¿acaso no lo fue siempre?- en el país, la región y el continente, que conviene abordar con urgencia pero a perpetuidad. La expansión cancerosa del crimen organizado, está devorando el tejido social en México, Guatemala y otros países caribeños, y los lleva al borde del

desmoronamiento societario y la guerra civil. Sus tentáculos y métodos, temiblemente eficaces, no tardarán en llegar a casa, si no lo ha hecho ya. No hay mal que no pueda empeorar, si el terreno es fértil.

No alcanza con decir que el hombre vive en sociedad, -también lo hacen las abejas, las hormigas y los primates. Es ineludible señalar, con Godelier -que los humanos construimos lo social para vivir, y que de esa “construcción” derivan nuestros logros y miserias, como especie y como comunidad acotada a su tiempo y territorio. Ese “nosotros” tiene anterioridad y primacía lógica sobre un yo personológico. Somos sujetos en relación.

* * *

Lo que sigue será la contribución de un médico psicoanalista, porque esa es la perspectiva o atalaya de mi experiencia. Sin desconocer la jerarquía de otros enfoques, tengo la esperanza de que no se minimice lo que propongo. Se podrá ver en mis planteos alguna resonancia romántica con la literatura de Ch. Dickens o Emil Zolá, o el Poema Pedagógico de Antonin Makarenko, o más cerca en tiempo y espacio, la gesta de Paulo Freire. No tengo ninguna vergüenza por esta filiación -más bien orgullo- porque en los tiempos actuales de inflación tecno-burocrática, cierto grado de lirismo e ingenuidad, puede traer algunos buenos aromas a un tema sórdido y nauseabundo.

* * *

En clínica médica nos enseñan precozmente como principio elemental a no encegüecernos confundiendo lo visible de los síntomas con la naturaleza de la enfermedad. En la delincuencia infanto-juvenil las conductas vandálicas y abominables que saturan la crónica roja de la prensa escrita y televisiva, colman nuestro apetito por el espectáculo del horror pero omiten, silencian y

ocultan el largo itinerario de vidas miserables que empujan a estos jóvenes a ser figuras emblemáticas -monstruosas- de nuestro tiempo y del estado de nuestra sociedad, en la distribución de bienes y oportunidades.

* * *

Eliane Brum es una sagaz periodista gaúcha que ha reunido sus crónicas en una recopilación ineludible cuyo título es elocuente: “As vidas que ninguém vê”. De las mismas he escogido una que apoya el razonamiento que voy a emprender.

Su infancia transcurre en una pequeña ciudad de Río Grande del Sur. Tiene 9 años cuando un domingo de verano debuta yendo sola a la matinée del único cine familiar del pueblo. A la salida la siguen tres púberes andrajosos, dos varones y una niña. Cuando llega a su casa, sus padres han salido y la puerta está trancada. La amenazan con jeringas hipodérmicas, probablemente salidas de un basural, para desnudarla y apropiarse de su ropa. Quizás violarla... Su terror y desamparo es infinito e interminable, pero la salva por azar el que un par de autos pasen por allí y le permitan huir y refugiarse.

La autora señala con perspicacia que lo que ella padeció en esa media hora es el pan cotidiano de los niños de la calle: exclusión, desprotección, desamparo y terror recurrente. Es decir, la cuna más adecuada para los generadores de la inseguridad ciudadana.

Como el pueblo es chico, transita su adolescencia con encuentros reiterados con la niña que la amenazó, que le recuerdan que mientras una progresa en sus estudios y sus amores, la otra se prostituye en las esquinas. Yo empobrezco en mi relato la belleza y dramatismo de su relato, anverso y reverso de un destino fijado de antemano.

De este relato mínimo quiero rescatar dos ejes para la reflexión. Como bien decía J. P. Barrán, muchas veces el documento habla más del interpretante que del objeto interpretado, dice más de quien mira que de lo mirado.

La niña Eliane pudo haber usado el episodio para la denuncia y condena de los agresores, seguramente el camino más fácil y frecuente: ver en el otro diabólico alguien a perseguir y destruir (o si un lenguaje más docto y civilizado se impone)- tratarlo jurídicamente como alguien a sancionar, con el eufemismo de la sanción correctiva. Pero la niña Eliane -o la adulta escritora que de ella brotó décadas después- optó por el camino menos frecuente de la empatía -en alemán *einfüllung*- gesto de ponerse en el lugar del monstruo, en su posición subjetiva, y desde allí poder sentir -vivenciar- el itinerario que lo condujo a su conducta aberrante. Gesto vecino pero a distinguir de manera radical, del absolutismo o del asistencialismo beato. Posición genealógica, en sentido foucaultiano.

El término alemán “*einfüllung*”, aproximadamente traducible al español por empatía, y en tribus sudafricanas por UBUNTU; designa un particular concernimiento de un sujeto por su prójimo, al reconocimiento en nuestro fuero interior de la diversidad social en que habitamos, a la capacidad de alojar y legitimar la alteridad, incluyendo la marginalidad cultural, a distinguir de la piedad y la culpa ante el desposeído.

Según documenta D.R. Dufour en sus textos sobre el sujeto que produce la sociedad ultraliberal, esta cualidad se ha derrumbado en los actuales lazos sociales donde lo económico ha devorado los parámetros culturales y políticos del ser en sociedad. Y concluye: “El otro está en mi, las imágenes de los otros están en mi y me constituyen como sujeto. No se olvide que el individuo está constituido por partes de otros, su presencia es ineludible. Se necesita un espacio donde cada uno sea un individuo abierto al otro.

Vale la pena detenerse aquí y desarrollar argumentos teóricos que contradicen las actuales prácticas jurídico-forenses bajo la hegemonía de un discurso jurídico y forense, que organiza el proceso y se paraliza en la fotografía de la actualidad siniestra.

Posición genealógica... buscar la génesis o la construcción del mal y no su producto quedando anclado en el espectáculo siniestro de la actualidad.

Como anticiparon algunos genios de la ilustración, Kant, Fichte*, Feuerbach, entre otros, el ser humano, al nacer, no es todo lo que debe ser. Es apenas un cuerpo sensible con la capacidad potencial de humanizarse en el curso de su existencia, sobre todo en los primeros años. Nace inmaduro, una inmadurez sin parangón en la escala zoológica en su magnitud y duración. Su fragilidad e indefensión lo coloca en una dependencia extrema de su entorno, al que llamamos maternaje. No puede moverse, ni hablar, ve mal, apenas sabe mamar, oler y oír. La prematuridad al nacer y la indefensión consiguiente otorga al semejante un valor crucial en el desarrollo, no sólo cognitivo, sino en la génesis de su erotismo y moralidad, que se enroscan en la misma vara.

* * *

Reiteremos, el ser humano al nacer, no es aún lo que debe ser sino que se construye a lo largo de su infancia y adolescencia, en el espejo humano de su entorno. Este enfoque viene a saldar o superar la vieja aponía o dicotomía entre lo genético – constitucional y lo adquirido.

Detengámonos en esto, tan obvio y de tan sabido... no pensado y reemplazado por la sentencia taxativa de Fulano es así, Mengano asá... La

*Un siglo antes de Freud, Fichte escribía: “Todos los animales nacen acabados y perfectos, el hombre está solo esbozado... Todo animal es lo que es, el hombre originariamente no es nada, debe volverse lo que debe ser.

noción de construcción, proceso dinámico transformacional y reversible, reemplaza la dicotomía entre naturaleza y cultura que nos paralizó por largas décadas. No es una ocurrencia o descubrimiento personal. Me apoyo y respaldo en autores y hallazgos recientes en diferentes campos del saber. El psicoanálisis aporta abundante evidencia clínica sobre la importancia de los primeros años de vida.

El otro eje de reflexión que surge de la breve historia de Eliane es el enigma entre el sujeto en relación -construido entre el yo y el tú significativo (singular o plural) que lo determina, y la irreductible singularidad que caracteriza la diversidad humana. El punto de partida es *la Vida Nuda, una vida desnuda*, -expresión de Walter Benjamin para designar una mente limitada a la lucha por subsistir. Precariedad que no da cabida al anhelo y al proyecto, que sólo vive en la urgencia del presente, sin poder desplegar en la mente el tríptico temporal de pasado, presente y futuro que es propio de la experiencia humana.

La pulsionalidad salvaje que desde los comienzos del psiquismo busca ciegamente su satisfacción hasta que la aparición gradual, lenta y paulatina de una acción educativa sea capaz de modelar, superar, diferir, la satisfacción del apetito. Este punto es crucial. La socialización se construye poco a poco, palmo a palmo. Desde este horizonte de comienzo, frente al pibe chorro, la cuestión que se plantea no es la educación ha hecho de él -dice Sandino Núñez, sino lo que su entorno no ha hecho por él. Como es sabido, en la tradición judeocristiana de occidente, las dos células sociales encomendadas de educar (humanizar) al “perverso polimorfo” del comienzo de la vida son la familia y la escuela. Cuando estas son omisas o ausentes y han fracasado en su función civilizadora, se genera esa figura social que L. E. Morás ha llamado “los hijos del estado”. Para ellos es el Hogar Sustituto (y jamás el reformatorio) el que aún puede prevenir y reorientar el curso de

vidas infames. Pero la expansión tecnoburocrática de las instituciones ha expandido más una lógica correctiva y disciplinaria, inspirada en la doctrina del “menor en situación irregular” que pesquisan el derecho y la psiquiatría forense, que la apuesta a un proyecto educativo humanizante.

* * *

La función del lenguaje articulado, como soporte del pensamiento simbólico, es decisiva. Amortigua la descarga pulsional y subraya la presencia del otro. Para que haya palabras la unidad mínima es que hayan dos. Un enfoque dialógico, interpersonal, intersubjetivo, supera la manía personológica con que se manejan el derecho y la psiquiatría forense para medir la peligrosidad. El crimen organizado ha comprendido con más rapidez que la academia la importancia y eficacia de la grupalidad en el logro de sus fines: *la tribu importa más que el sujeto*. A este respecto el gran helenista Jean P. Vernant, en “La travesía de fronteras” postula (pág. 25) *somos animales, como ellos nacemos, crecemos, nos reproducimos, enfermamos y morimos. Pero en el curso de la evolución y la historia emerge en el seno mismo de la animalidad, esta cosa que no está contenida en ella, el lenguaje, las instituciones sociales, la religión, el arte, la ciencia, siempre que haya hombres habrá herramientas y técnicas de subsistencia, de producción e intercambio. Pero tampoco hay humanidad si al lado de útiles y técnica no hay creaciones derivadas del lenguaje, reglas de alianza marital y de la vida doméstica, prescriptivas y proscriptivas, relatos y rituales que escenifican lo divino y lo sagrado, leyendas del origen (antes de la propia vida) y de la muerte (después de la propia muerte). Todo esto requiere un pensamiento simbólico, es decir pensar objetos y situaciones y sentidos más allá de la percepción actual. La capacidad de pensar la ausencia es inherente a la especie humana. Robert Antelme, que vivió el campo de concentración escribe en “Los principios en examen”: “No se olvide que la historia de cada quien se teje en la necesidad de ser reconocidos ilimitadamente. La amistad designa esa capacidad de reconocimiento (...) estamos sujetos*

encarnizadamente a ser reconocidos y tener respuesta... Cuando eso falta nos devoramos y volvemos bestias”.

El pichón humano demora años en apropiarse medianamente del lenguaje, el rasgo más específico y decisivo de la condición humana. No porque sirva para repertoriar las cosas del mundo -en un afán taxonomista- sino porque sus fonemas transmiten las leyendas que distinguen lo sagrado y lo sacrílego, lo familiar y lo ominoso. No confundir el lenguaje técnico -como inventario o repertorio del mundo- con las leyendas, fábulas, tradiciones e instituciones que constituyen al Homo Sacer en paralelo del Homo Faber. Así toma sentido el conocido aforismo de Hegel: *Sólo reconocido por otro, por todos los otros, que el ser humano conquista la plenitud de su humanidad.* Heidegger contrasta estas dos funciones del lenguaje y contrasta el lenguaje técnico con la lengua de tradición.

Focalizar la centralidad de la prematuridad al nacer es crucial para nuestro tema, la infancia marginada, descarriada e infractora. El recién nacido, sin lenguaje ni control sobre su cuerpo construye su humanización en los espejos humanos de la familia y la cultura. Su autonomía motora y lingüística es una adquisición paulatina y gradual que insume largo tiempo en constituirse. El lenguaje articulado -la característica más relevante de la especie- es mucho más que un repertorio o inventario de los objetos del mundo. Para el recién llegado su lugar en la genealogía y el reconocimiento por parte de su entorno humano, que los psicoanalistas llamamos leyendas del origen, son el cimiento de su erotismo y moralidad, que sellan las lealtades de pertenencia a la especie humana. En condiciones de pobreza extrema e indigencia estos requisitos básicos pueden y suelen ser fallantes y condicionan legalidades paralelas donde se desconocen los límites entre lo sagrado y lo sacrílego, que son el caldo de cultivo que promueve conductas aberrantes. Y como el sujeto humano no se autoengendra sino que se

organiza en una dialéctica relacional con su entorno, es modificando la textura de este último que centra la acción de rehabilitación (o humanización) mientras que el enclaustramiento o confinamiento no es sino una repetición siniestra.

Y más allá de las ciencias humanas un eminente biólogo y genetista, Albert Jacquard, expresa esta opinión contundente: *“Mismo en los animales superiores la transmisión cultural es limitada. Al contrario, en el hombre ella ocupa una parte importante de la educación de la vida. El pichón humano es, de todos los animales, el que aparece más desprovisto de recetas de comportamiento al nacer, pero que, por esta razón, es el más apto para aprender. El es – según la expresión de Langenay: “una nulidad totipotente”. Gracias a la palabra, a la capacidad de conceptualización, a su aptitud a imaginar modelos explicativos de los acontecimientos que observa, los procesos en acción en la naturaleza y por la palabra puede transmitir no sólo actitudes que la experiencia ha mostrado eficaces, sino también métodos que permiten inventar actitudes adaptadas a situaciones nuevas..., más aún, el hombre ha podido crear una memoria colectiva, que pone a disposición de cada uno el conjunto de experiencias de todos los que lo han precedido”.**

La observación clínica desde el Psicoanálisis, y los hallazgos recientes en neurociencias, aportan evidencia de la reversibilidad de conductas normales durante toda la infancia y la pubertad. La acción será tanto más eficaz, cuanto más precoz sea su inicio.

* * *

En mi infancia la vereda era un espacio de convivencia ciudadana. Desde mi tercera edad puedo evocarla como un lugar de educación informal, tan importante y formativa como lo fue la escuela vareliana, universal, laica y

*La Science face au Racisme. Le Genre Humain – Editions du Seuil. A. Jacquard – Biologie et theories des Elites.

gratuita. Hoy, la calle es un lugar hostil, amenazante, peligroso, donde no van niños solos, la urbe se vuelve gigantesca y anónima, y una sociedad más segmentada y fragmentada es causa y consecuencia de aumentar el abismo entre incluidos y excluidos. El “progreso civilizatorio” nos ha llevado a ser una burguesía sitiada por los márgenes, y el mentado y mediático tema de la inseguridad ciudadana: hurto, rapiñas, violencia física extrema de violaciones y asesinatos.

Escuelas y clubes privados para nosotros, la miseria para los otros. Fragmentación social desde los vínculos tempranos. Es para temblar... El deterioro del presupuesto en educación para engrosar el del interior y defensa que aconteció durante la dictadura militar, es otra de sus ominosas herencias de la que no se ha hablado suficientemente. Estamos transitando entre otros factores - los efectos de la pauperización de la educación pública, que fue desde la reforma vareliana un pilar sólido de integración ciudadana. Hoy es vox populi que la educación privada es mejor, y el orgullo de los hijos de la escuela pública que nos formó, está averiado. Su efecto - desde la dictadura- es ostensible sin encuestas. Una sociedad más segmentada, un vínculo social más fragmentado. Y como catalizador, el consumo televisivo incrementa la visibilidad de las desigualdades, generadoras de violencia.

Los niños no nacen criminales, es un riguroso itinerario de vida que los navega en esa dirección. Aunque sepamos poco e ignoremos mucho de la etiopatogenia de lo que la psiquiatría llama tendencias psicopáticas o sociopáticas, sostengo que los factores endógenos (factores constitucionales, narcisismo maligno, indiferencia al dolor ajeno) son estadísticamente mucho menos significativos e importantes que los derivados del desarrollo temprano, es decir consecuencia de factores socioambientales.

Es innecesario y superfluo reiterar la importancia del desamparo al nacer, del desvalimiento que crea la prioridad del otro en la génesis del amor-odio, es decir del desarrollo simultáneo e interactivo en la génesis del erotismo y la moral. Es ese núcleo complejo de multideterminación el que debemos atacar, sabiendo que –ahora con confirmación de la investigación en Neurociencias- que el Sistema Nervioso Central es plástico para cambiar durante muchos años, durante toda la infancia y la adolescencia.

Estoy glosando lo que a mi entender es una causa o fuente básica de la conducta y luego la personalidad sociopática: la desconsideración del prójimo, de su sufrimiento o dolor. Pero seguramente ese desconocimiento del dolor del prójimo es la réplica de una arista originaria de su construcción subjetiva, una infancia sórdida, la frialdad o indiferencia a la necesidad imperiosa de un entorno afectivo protector. Tal vez estoy aportando relieves vivenciales lo que las ciencias sociales marcan como la brecha entre incluidos y excluidos. No sólo excluidos de un sistema económico de producción y consumo, sino de un sistema relacional de pertenencias, afiliaciones y lealtades. Y creo no estar navegando en una retórica abstracta -teorizando especulativamente- sino que pienso que no hay nada más práctico que una buena teoría, y que lo que estoy delineando telegráficamente debe orientar las políticas de rehumanización.

Tanto desde el psicoanálisis, que predica este discurso desde larga data, como los progresos recientes en neurociencias, subrayan la importancia de los primeros años de vida en la construcción de la personalidad. Refutando la falacia del constitucionalismo lombrosiano que reivindica la fijeza de una herencia genética, -de consiguiente irreversible, se fundamenta la noción de

una dinámica donde paso a paso, gesto a gesto, se construyen los patrones de comportamiento como cara visible de la arquitectura del erotismo y la moralidad.

* * *

Lo que importa de este enfoque es la refutación de un esencialismo y su remplazo por la noción dinámica de construcción identitaria. La plasticidad que se fundamenta como un hallazgo reciente tanto en Neurociencias como en la observación clínica desde el Psicoanálisis que permite augurar la reversibilidad de patrones afectivos. La consigna primera es que la criatura humana necesita de un entorno acogedor para modelar su pulsionalidad primitiva.

Es por ello que en trabajos previos* hemos insistido en el perfil de la institución terapéutica y de la palabra de la que es portadora. No es lo mismo cuando se trata de una palabra correctiva, normalizante como la del cuartel o el hospicio, o el reformatorio, -palabra tutelar y colonizadora, dice Raúl Zaffaroni, sino la palabra lúdica y ociosa que alberga la afectividad y el conflicto. Ese hogar sustituto puede tener formas institucionales diversas, pero la distancia entre el funcionario y el educador es la piedra angular. No puede ser asignado por cuota política, sino por vocación y competencia probada.¹ La acción será tanto más eficaz cuanto más precozmente ocurra en la vida del sujeto. De consiguiente la política de expansión de los CAIF y las escuelas tempranas a tiempo completo es capital y legítima, aunque los beneficiarios de sus resultados sean las generaciones venideras, y no sea ostensible su rédito electoral inmediato, ni su eficacia para el escándalo de la inseguridad ciudadana, donde el pensamiento hegemónico apunta a mayor represión y cárceles de mayor seguridad.

Situar el centro de gravedad del tema de la minoridad infractora en la baja de

¹Niños fuera de la ley, Compilador, Mario Torres, Editorial Trilce

la edad de imputabilidad, implica atribuirle al dispositivo jurídico (en su capacidad punitiva) la aptitud para solucionar o atenuar el problema inquietante de la inseguridad ciudadana. Por una parte incurre en la falacia de afirmar que los púberes son inimputables mientras que Guianze y Faroppa ponen en evidencia que la legislación vigente los hace responsables desde los 13 años. Por otra parte, la experiencia histórica muestra de manera concluyente que la baja de imputabilidad agrava el problema que dice pretender solucionar. El castigo y encierro no hacen sino incrementar la potencialidad y disposición delictiva de los encerrados.

Doctrinariamente los esfuerzos actuales apuntan en otra dirección. Las recientes investigaciones sociológicas y psicológicas constatan la maleabilidad de la personalidad y la reversibilidad posible de conductas en esta etapa del ciclo vital, en delincuentes y no delincuentes. Y las investigaciones de campo ponen de manifiesto que una alta prevalencia en la génesis de conductas delictivas resultan de una respuesta desesperada a condiciones de vida de oprobio y exclusión. Sólo en una proporción epidemiológicamente menor, sino ínfima es demostrable una innata o temprana predisposición al mal, con indiferencia o deleite por el dolor o el daño infringido a terceros. Es lo que la psiquiatría llama Personalidades Sociopáticas o Psicopáticas, diagnóstico al que sólo se puede apelar frente al ensayo y fracaso de programas adecuados de rehabilitación.

La doctrina actual concerniente al Niño como Sujeto de Derechos, establecida en convenciones internacionales signadas por nuestro país apunta en la dirección que postulo: medidas socioeducativas y de rehabilitación en prioridad sobre el castigo y la privación de libertad. Dirección que implica además de ingentes esfuerzos materiales y

financieros, la capacitación a largo plazo de recursos humanos competentes y buenas definiciones teóricas que fundamenten las acciones. Cabe añadir, con datos disponibles en UNICEF, que el costo estimado para la instalación y funcionamiento de una institución de rehabilitación para una población dada, es seis veces menor que una cárcel de máxima seguridad, de la misma envergadura.

En lo que conocemos por tradición oral, el Consejo del Niño, luego INAME, luego INAU, ha caminado en las últimas décadas erráticamente en ambas direcciones. Si bien lo mediáticamente explotado son los horrores de la Colonia Berro; durante la dirección de los Doctores W. Sarli, A. Alambarri y Adela Reta, ha habido experiencias de excepción con la orientación que proponemos (Granja Artigas de Paysandú, Colonia Martirené, Las Brujas) No conocemos estudios epidemiológicos de seguimiento sobre los resultados, de uno y otro itinerario. Pero la eficiencia no debe sólo ser medida solamente en términos estadísticos, sino de imperativos éticos. La calidad de una sociedad también se mide cualitativamente por el tratamiento que brinda a sus márgenes: los excluidos de un circuito de convivencia. Las voces y dispositivos para la condena de los infames son abundantes y ruidosas, vale la pena que con tantos fiscales alguien asuma el rol de defensor de oficio. En todo caso la condena y la reclusión no hacen sino perpetuar o agravar el statu quo. Se torna imperativo pensar el camino alternativo de la rehabilitación que los reinserte en un circuito humano de convivencia. Camino que los antecedentes históricos muestran como factible, aunque hoy, en el ruido mediático, estén en silencio. La aplicación en niños y adolescentes del estigma de peligrosidad -disfrazado con la falsa garantía de diagnóstico científico- debiera ser sancionado como delito de lesa humanidad. Y en términos pragmáticos sólo conduce a que quien siembra vientos, cosecha tempestades.

Viene al caso volver a un texto de Freud escrito hace un siglo, sobre la función estructurante de la fantasía en la vida mental infantil; dice allí: *“Todo niño que juega se comporta como un poeta, pues se crea un mundo propio, o mejor dicho, inserta las cosas de su mundo en un cuento que le agrada”* Claro que en alemán *“Poeta”* se dice *“Dichter”* (generador de palabras), mientras que en español resuena como hacedor de versos. *“Son experiencias coincidentes. Los sueños diurnos del niño poeta”*, dice Freud, *“toman elementos de la realidad para construir las verdades más hondas de nuestras convicciones y de nosotros mismos, y recurren a elementos ficcionales”*² Apelo a que mi lector, -si es que existe, acuda a su experiencia interior e íntima y recurra a su tesoro de recónditos recuerdos donde se reconozca como paseante (flâneur) de sus patios y laberintos interiores. Pienso que es una experiencia universal y decisiva, luego soterrada y distante, en nuestros afanes de racionalidad. Le pido esa pausa, porque estoy convencido que la carencia o el déficit de esta función estructurante de la fantasía es el punto de partida desencadenante de la debacle sociopática. La Vida Nuda (que puso en relieve Walter Benjamín), el estar atrapado en la perentoriedad de un presente amenazante y reiterado, genera las condiciones mentales para la indiferencia al dolor del otro, inherente al acto delictivo, pero como reverso de lo padecido en carne propia. La abolición, en muchos excluidos, de la capacidad de crear ese espacio de fantasía, de ilusión o sueño diurno y quedar anclados en la cruda realidad de lo inmediato. Allí está su carencia psíquica, esa es su tragedia originaria.

Postulo entonces que una condición de salud mental, condición ineludible, es la restauración de ese tríptico temporal interiorizado de presente-pasado y futuro. Sólo habitando en esa temporalidad psíquica desplegada, es que el ser humano se humaniza, en el relato o narrativa de si mismo. Pero atención, no hay narrador sin testigo, sin escucha, sin empatía. No hay narración que

²Freud, S. “El creador literario y la fantasía”

no sea para alguien, el espejo del otro es imprescindible, espejo de ternura, no de sales de plata, espejo caliente como la carne, no frío como el vidrio o el cadáver. La introspección, el diálogo con nosotros mismos viene por añadidura, a posteriori. A menudo *hablo con el hombre que siempre va conmigo*, dice Antonio Machado, insistiendo en esa duplicación de personajes inherentes a la palabra, duplicación que no es contingente sino estructurante de la mente humana.

La ausencia o la falta de ese espejo encarnado es la desolación, la soledad, aunque haya millones de semejantes rodeándome. Es el estar solo entre muchos, escribía H. Arendt.

Estos devaneos son necesarios -yo pienso que ineludibles- para crear las condiciones del entorno humano que el estado debe fomentar. Sin aproximaciones a esta utopía seguiremos en la reproducción de lo mismo, más cárceles para la reproducción de una inseguridad creciente.

Ser alguien para alguien es condición de sobrevivencia psíquica, al mismo título que lo es el agua y el alimento para mantener vivo el cuerpo biológico. No hay ningún exceso metafórico en la afirmación. Y si el Otro de la ternura es faltante, vendrán a llenar esa vacante, otros protésicos o monstruosos, el otro de la pandilla delictiva, de las Maras y las tribus, de las religiones sincréticas o de los partidos fundamentalistas o de las barras bravas –criminales- del deporte.

El temor a no ser nadie, a no tener un lugar en el sistema de convivencia es uno de los malestares o terrores mayores en la anomia del mundo moderno. El miedo a la exclusión es una pandemia del mundo actual. El trabajo no es sólo subsistencia, es ser y estar con otros, creando redes de afiliación y pertenencia.

Si el estar amoroso con otros es falente o faltante, el estar solo y desolado es tan insoportable que se fabrican prótesis. La grupalidad es tan vital para el ser humano, la necesidad de afiliaciones y pertenencias, (la generación de almas colectivas, diría Freud), que si la grupalidad saludable está ausente se genera una grupalidad protésica, a veces monstruosa. Por eso, en el mundo actual proliferan las maras, las pandillas delictivas, el retorno de las religiones sincréticas que dan cobijo a la soledad desolada. Estas ideas son inspiradas en el último libro de Dany-R Dufour.

Marcelo N. Viñar

Joaquín Núñez 2946 C.P. 11300

Tel. (5982) 711 7426

E-mail: marvin@belvil.net

Montevideo – Uruguay